

CAPITULO XX.

SIGUE LA MATERIA DEL ANTERIOR.

D. Dionisio Rodríguez fué otro hombre que prodigó muchos bienes á Guadaluja. Era amigo de López Cotilla por la identidad de sus sentimientos caritativos.

Fué rico y esta circunstancia le proporcionó hacer el bien en mayor escala.

Nació en Guadaluja el dia 8 de Abril de 1810, y sus padres se propusieron darle una esmerada educacion religiosa.

Sus estudios los hizo en el Seminario, hasta Filosofia, pasando despues á la Universidad, en cuyo plantel hizo su carrera de abogado, obteniendo el título respectivo, el 23 de Junio de 1835.

La muerte del Señor su padre, ocurrida diez años despues, le puso en posesion del establecimiento tipográfico y litográfico, más acreditado que ha tenido aquella ciudad. En estas oficinas, la mejor escuela del huérfano pobre, hallaron trabajo muchos, que además eran vestidos y alimentados por su generosa mano.

Como hombre religioso por conviccion, practicaba la caridad con el mayor sigilo, habiendo sido en muchos casos condicional la pension al anciano ó á la viuda, no publicarlo jamás. Era enemigo de esa ostentacion que emplean otros con el delirado deseo de sentar plaza de *filántropos*.

Desde 1853 fué encargado de la Escuela de artes, establecimiento á que consagró un cuidado extraordinario, constituyéndose en el padre más afectuoso de los niños que concurrían á esos talleres. Duró en esta comision hasta su muerte, sin que hubiera dejado de concurrir á esta casa de beneficencia ni un solo dia.

Nada era tan atractivo para el Sr. Rodríguez, como el beneficio á la sociedad, y esto lo demostró de una manera elocuente con sus trabajos para conseguir que vinieran al país las Hermanas de la Caridad. Comenzó sus gestiones en 1850, despues de un viaje que hizo á Europa, en donde vió los beneficios que la humanidad desvalida recibía de aquellas admirables mujeres,

y éstas llegaron á Guadalajara en 1853, viendo el iniciador los grados sus humanitarios deseos.

Fundada en 1864 la Junta de Caridad, para atender con más solicitud á la instruccion y beneficencia de la niñez, fué nombrado presidente el Sr. Rodriguez, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte.

La casa de Caridad de San Felipe ha derramado desde entonces los beneficios más positivos en la clase desvalida y en ella inmortalizó su nombre el iniciador. No satisfecho con el bienestar material que impartía á sus semejantes, trabajaba con ahínco para su mejoramiento en el órden espiritual, y á este fin costeaba cada año en el templo de Santa Mónica, nueve dias de ejercicios consagrados á Jesus, María y José, sin economizar gasto alguno conducente á la mayor pompa en el servicio divino, y á que los mejores oradores desempeñaran los sermones diarios.

Por fin murió, como dejan la vida los hombres de alma elevada, resignado con sus dolores y con la mirada fija en Dios, el dia 1º de Mayo de 1877. Del Sr. Rodriguez se pueden decir aquellas palabras que la Iglesia dedica á los confesores: 'Bienaventurado el varón que es hallado sin culpa y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los te-

soros. ¿Quién es este, y lo elogiaremos? porque él ha hecho cosas admirables en su vida."

Socio activísimo del Sr. Rodriguez en todas las empresas de caridad, fué su amigo íntimo, el distinguido jurisconsulto D. Juan Gutierrez Mallen, de quien puede decirse sin exagerar que solo el estudio y la práctica del bien fueron las grandes preocupaciones de su vida; por que si bien tuvo graves cuidados de familia, su alma levantada supo aceptarlas con heroica resignacion dándoles un lugar, en la apariencia, secundario.

Este hombre excepcional hacia tres partes de los productos de su acreditado bufete: una, destinaba á su familia, otra, separaba para la beneficencia, y la tercera, llenaba las exigencias de su ilustracion, sirviendo para enriquecer con obras muy selectas su biblioteca, que fué una de las mejores de los letrados de Guadalajara, y para cubrir el valor de las suscripciones á los periódicos que gozaban de más celebridad en Europa.

A los pobres, jamás les cobró honorarios por los negocios que les patrocinaba.

Fué tambien uno de los mejores colaboradores del Sr. Cotella en todo lo concerniente á la instruccion de la niñez.

Tenemos la conviccion íntima de que el Sr. Dr. D. Agustin de

la Rosa no leerá éste libro. Rodeado como ha vivido siempre de las obras imperecederas de los sabios, estas no permitirán que su vista llegue á nuestro microscópico trabajo. Por eso es que no abrigamos el temor de lastimar su modestia en las pocas líneas que le consagramos.

Este hombre admirable por su inteligencia y por su erudición, ha sido juzgado ya por la sociedad entera, y más tarde harán su apología pluma tan doctas como la suya.

No será, de estos dos atributos pues, de lo que hablaremos, en primer lugar, por incompetencia, y en segundo, por que nada nuevo diríamos á nuestros lectores. Pero lo que no es conocido de todos, aunque muy fácilmente puede presumir la generalidad, es el ardiente amor que le distingue hácia sus semejantes. De esto sí podemos juzgar desde luego, que solo se trata de hechos que presenciamos en una época en que lo tratamos muy de cerca.

No sabemos si ya practicaba la caridad, no obstante la pobreza en que vivía cuando terminó su brillante carrera eclesiástica; pero desde este instante ya tuvo tres elementos para hacerla: el pequeño uno, su sueldo como profesor del Seminario; grandes los otros, su ministerio y la fecunda pluma que le concedió la Providencia.

El sueldo ha sido siempre y en su mayor parte, para fomentar la carrera de incontables estudiantes pobres, sin reservar para sí más que el pequeño importe de la modestísima ropa que ha usado siempre: libros y alimentos los ha tenido en el Seminario aun antes de ordenarse.

¿Cómo ha empleado su ministerio augusto en bien de sus semejantes? En las circunstancias más terribles para el hombre, cuando más necesita la voz de un sábio consejero y de un verdadero amigo, en el lecho del dolor, aguardando por momentos la terminacion de su viaje por la tierra, lanzándose á esa desconocida region que se llama eternidad.

Teniamos trece años cuando nuestro inolvidable padre entregaba su espíritu alentado con las consoladoras palabras del Dr. D. Agustín de la Rosa, y ya estaba consagrado hacia tiempo á esta piadosa tarea de asistir á los agonizantes. En ella ha seguido hasta el día sin que hayan sido jamás un obstáculo las múltiples ocupaciones á que ha vivido consagrado. Siempre ha estudiado, siempre ha escrito, siempre ha enseñado y nunca ha dejado de ocurrir á la cabecera del enfermo solicitante de sus exhortaciones y de sus poderosos consuelos. Es el San Camilo de Guadalajara.

Tenia una canongía activa en aquella Catedral y perdió los

emolumentos de ella por atender de preferencia á la caridad. Entre las utilidades pecuniarias del coro y las que hallaba su alma elevadísima auxiliando un moribundo, ó escribiendo para aprovechamiento de la sociedad no habia que vacilar: optó por lo segundo y ahora solo es canónigo honorario, ante el mundo, pero un verdadero apóstol ante Dios.

D. José Palomar fué un prominente miembro de la buena Sociedad de Guadalajara, como rico, honrado, laborioso y caritativo.

Presidió desde el año de 1851, hasta su muerte, la Compañía dueña de la gran fábrica de hilados y tejidos de Atemajac y de la de papel, conocida con el nombre de "El Batán" en cuya negociacion el Sr. Palomar representaba la mayor parte de las acciones.

Siempre estaba abierta su caja para auxiliar toda empresa benéfica y para socorrer con liberalidad las necesidades públicas y privadas.

D. Ignacio Cañedo, dueño que fué de una de las más valiosas haciendas del Estado de Jalisco y la más productora de maíz, "El Cabezón," se distinguió siempre por su desprendimiento y por la proteccion que impartía á los desvalidos.

Muchas veces en que el maíz esa semilla indispensable para

los indigentes estuvo á un precio subido, se abrieron las trojes de su casa para expenderlo únicamente á los pobres, á un precio relativamente bajo respecto al que guardaba en el mercado.

Varios estudiantes debieron á su munificencia el título que adquirieran despues, tanto en Guadalajara como en México.

El inteligente ingeniero Sr. Mariano Bárcena, á él debió la brillante carrera que hizo en México, en donde con suma dedicencia lo sostuvo desde el principio de sus estudios.

El Dr. D. Ignacio Torres Altamirano, que murió en temprana edad y fué uno de los más insignes médicos de Jalisco, á expensas del Sr. Cañedo vivió tambien en México, desde el primer año de Medicina, hasta su recepcion y regreso á Guadalajara.

Tambien sostuvo en México la carrera del notable artista D. Pablo Valdez.

Seria imposible dejar consignada en la estrechez de este capítulo, la historia de los beneficios hechos por los mil bienhechores que ha tenido aquella sociedad, cuando ni compendiada podría contenerla el libro todo.

No hemos podido hablar de D. Juan Matute, que recogía personalmente las limosnas para los asilados del hospicio, de los estimables Sres. D. José María Leal, D. Francisco Martínez Ne-

grete, D. Manuel Rivera, D. Ramon Somellera, D. Ignacio Gil Romero y D. Casiano Espinosa, que han muerto dejando un vacío inmenso en la beneficencia pública.

Por fortuna de Guadalajara, viven otros imitadores discipulos de semejantes maestros, y en la actualidad se leen en los registros de caridad, los nombres de los miembros de la familia Martinez Negrete, distinguiéndose las señoras; de los señores canónigos Michel, y Dr. D. Felipe de la Rosa, de D. Agustin L. Gómez, de D. Manuel Coreuera, de D. Agustin Palomar, de D. Trinidad Vereá, de D. Gonzalo Ancra y de otros agentes activos de bien público, cuyos nombres nos complacemos en citar aqui, como un homenaje de admiracion, aunque temerosos de lastimar su modestia.

CAPITULO XXI.

D. ANTONIO GOMEZ CUERVO.—SU ACUSACION ANTE EL GRAN JURADO.—ESTADO DE LA CIUDAD ENTONCES.—EL SEÑOR ARZOBISPO DR. D. PEDRO LOZA.—CAIDA DE GÓMEZ CUERVO.

Pasaron los terribles sucesos de Querétaro y México, cuya resonancia llegó á las cortes europeas, llenando de duelo á la Austria y la Bélgica. Del imperio, solo habian quedado, el cadáver de un infortunado príncipe, en poder del almirante Tetchoff, rumbo á Viena; una ilustre loca en Miramar; dos respetables tumbas en San Fernando, de México, y un desgraciado hombre rechazado de sus conciudadanos, en el ostracismo, acusado de asesino.

Triunfó la causa de la justicia: D. Benito Juárez entró á la ciudad de México en 1867 y el régimen constitucional se restableció en todo el país.

Guadalajara tenia ya seis meses de gozar una tranquilidad perfecta, y se notaba la animacion de todos, con la esperanza de que la paz fuera duradera, para reparar los males causados por tan repetidos trastornos.